

Juan 6:1-15 Stoeckhardt

Juan 6:1-15 Laetare, el cuarto domingo de la cuaresma, de Jorge Stoeckhardt, Gnade um Gnade.

Se narra el gran milagro de la alimentación de los cinco mil en el desierto en los cuatro Evangelios. El evangelista Juan es el único que agrega estas palabras de conclusión: “Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo. Pero entendiendo Jesús que iban a venir a apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo”. Esta es una afirmación importante. La gente de Galilea había alabado con frecuencia a Jesús. Al ver los grandes milagros que él había hecho entre ellos, dijeron: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. El informe acerca de este gran profeta se había extendido a las naciones alrededor. En este momento llegó a su cumbre el entusiasmo del pueblo. Cuando les había satisfecho con pan milagroso, le reconocieron como el Profeta que había de venir en el mundo, como el Profeta acerca de quien había profetizado Moisés, como el Mesías prometido. Lo alabaron como el Hijo de David y por tanto querían hacerlo Rey, querían ponerlo sobre el trono de su padre David para que, como fue prometido, pudiera cuidar y gobernar a su pueblo Israel y llevarles al poder y la gloria.

¿Pero qué oímos de Cristo? Desapareció. Les dejó. Fue el rey de Israel, pero no quiere aceptar la corona real de manos de este pueblo. La gente le dijo: ¡Sé nuestro rey! Pero él respondió: ¡No quiero gobernarles! Cuando Cristo había ido a Jerusalén por primera vez como profeta para celebrar la pascua, había muchos que creían en su nombre al ver los milagros que él hizo. Pero el evangelista dice: “Pero Jesús no fiaba de ellos, porque conocía a todos... él sabía lo que había en el hombre”. También sabía lo que estaba en las mentes de estos galileos que querían hacerle rey. Y, ya que vio lo que estaba en ellos y conocía sus intenciones, no se fiaba de ellos, sino desapareció de en medio de ellos. Había hablado algunas verdades amargas entre este pueblo entre el cual había hecho sus obras. Pero lo que más dolía era cuando dijo a este pueblo: ¡No quiero ser su rey! – y que no aceptó el reconocimiento y la honra que le ofrecieron, que desde entonces generalmente evitaba mantener contacto con este pueblo y no quiso tener nada más que ver con ellos.

Así como fue entonces, así es ahora también. Ha sido proclamado extensamente en la tierra el nombre de Jesucristo, y ha sido alabado altamente en la tierra. El mundo, también, da cierto respeto y reconocimiento a este gran profeta y hacedor de milagros. Y muchas, muchas lenguas confiesan que Jesucristo es

el Señor, el Rey de Israel, el Hijo de Dios. Muchos lo consideran un honor ser llamado cristiano y saben de dónde viene este título: de Cristo el Señor.

Sin embargo, hay muchos en todo tiempo que son cristianos solamente por nombre. De hecho, no tienen participación en Cristo. Cristo dice a la gente que se le acerca con su boca y le honra con los labios: ¿Qué tengo que ver yo con su ofrenda? Tu incienso me es una abominación; no lo deseo. Nunca les he conocido. Ustedes no me conocen. Me llaman su Maestro y Señor, pero yo no quiero ser su Señor y Rey. Ustedes no son mi pueblo. ¡Y yo no soy su Dios y Rey! Es el juicio más severo cuando Cristo el Señor se aparta de los que hablan y glorifican su nombre y rechaza el honor que quieren darle. Este es el castigo más duro que un padre puede aplicar a su hijo.

Cuando un padre se encoleriza con su hijo, le amenaza, le maldice, le regaña, estos son golpes duros. Pero lo peor, lo más extremo, es cuando un padre tiene que decir a su hijo: ¡Ya no eres mi hijo; desde ahora no quiere ser tu padre! La palabra de Dios pronuncia amenazas y maldiciones duras, severas, contra los desobedientes e incrédulos. Pero el juicio final y más severo es cuando el Señor Dios rehusa aceptar las ofrendas, la honra, la adoración que los hombres le ofrecen y declara: Ustedes no son mis discípulos, y desde ahora ya no seré ni me dejaré llamar su Padre.

Que esto nos sea una advertencia mientras consideramos: **De quienes el Señor no acepta honra ni adoración.**

1. No de los que buscan de él solamente pan terrenal.
 2. No de los que quieren que les recompense su piedad.
- 1.

¿Qué clase de gente es de la cual el Señor no aceptará ninguna ofrenda, ninguna honra ni adoración? La gente que piensa como estos galileos que fueron alimentados en el desierto con el pan milagroso, y luego querían hacer a Jesús su rey. Se describe en nuestro texto el carácter y la disposición de estas personas.

Cuando Jesús volvió al desierto con sus discípulos, mucha gente les seguía. ¿Por qué? Porque habían visto los milagros que hizo para los enfermos. Lo que deseaban de Jesús era ayuda para sus enfermos, atención para toda clase de enfermedades y malestares del cuerpo. Cuando Jesús luego había alimentado a la gente hambriente con el pan y el pescado, cantaron las alabanzas de este Profeta, la fama del Mesías. Querían hacerle rey. ¿Por qué? Solamente porque había aliviado su hambre. Cristo el

Señor sabía muy bien lo que estaban pensando. Revela los pensamientos de su corazón. Cuando otra vez procedió al otro lado del Mar de Galilea, la gente también lo encontró allí. Y el Señor les testificó: “De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis del pan y os saciasteis”. Querían tener para sí un rey que mantendría lleno el plato de pan todo el tiempo.

Las señales y milagros de Jesús tenían una meta mucho más elevada. Demostraban que el reino de Dios había llegado en la tierra. Jesús alimentó a la gente con pan terrenal para que preguntaran por otro pan que aliviaría el hambre del alma. En conexión con este milagro Jesús hizo un discurso largo en que se presentó como el Pan de vida que había descendido del cielo y que daba al mundo vida verdadera, vida eterna. Pero esta gente no lo pedía. El reino del cielo les fue escondido y cerrado. Fue por esto que el Señor había reprendido con severidad a este pueblo cuando les había retratado el reino de los cielos en hermosas parábolas, porque viendo, no vieron, y oyendo, no oyeron, porque su corazón estaba endurecido. No, todo lo que tenían en mente fue lo terrenal. Y aunque esperaban el reino mesiánico, y de hecho querían dar gloria a Cristo como el Mesías y hacerle su rey, solamente estaban interesados en un reino mesiánico temporal, mundano, con goces, placeres y privilegios temporales, mundanos.

Esta generación no se ha desaparecido por completo. Muchos que se llaman cristianos y no quieren que se le quite el nombre tienen la actitud de aquellos israelitas. Lo que buscan de Cristo, en la iglesia cristiana, es pan, pan terrenal, posesiones terrenales, y nada más. Tal vez se han asociado con una congregación cristiana para obtener ventajas y ganancias terrenales, por tanto por razones egoístas. O su intención realmente es: Tenemos que dar gloria a Dios y a Cristo. Pero ¿por qué? Para que uno pueda gozar de la bendición de Cristo aquí en la tierra, en esta vida. Oran con sus labios. ¿Pero para qué? Pan, dinero, posesiones, salud. En la necesidad y la enfermedad claman al Señor. Pero solamente para la salud del cuerpo, para el sostén de esta vida terrenal. También dan las gracias a Dios y a Cristo el Señor. Pero solamente porque les ha bendecido visiblemente en su trabajo, les ha guardado y protegido en toda clase de peligro. Más allá de esto, no tienen nada que decir acerca de Dios, acerca de Cristo. No tienen otros pensamientos acerca de Dios y de Cristo. Lo que dice la palabra de Dios acerca de las cosas celestiales, acerca de la vida eterna, esto no lo reciben ni entienden. No necesitan nada, no desean nada para el alma. Lo que buscan, lo que buscan también de Cristo, es pan, buena fortuna, alivio de la necesidad, y nada más.

Es con esta gente que Cristo no quiere tener nada más que ver, preferiría que no hablaran su nombre. Cristo no cedió a esa gente que buscaba de él solamente pan y ayuda para sus enfermos. No quería ser su rey. Le buscaban y le seguían. Pero él huyó de ellos. Cristo fue el Profeta que había de venir en el mundo, pero como tal hablaba y enseñaba la palabra de Dios, lo que había visto y oído con su Padre en el cielo. Era el Rey de Israel. Tenía derecho al trono de su padre David. Pero su reino no era de este mundo. No buscaba ninguna corona, ningún cetro en este mundo; allí en el alto cielo tenía reservado su reino. Allí ha preparado para los suyos un reino. Así que no estaba dispuesto a aceptar ninguna honra de los que despreciaban la sabiduría y la verdad celestial. A sus pobres discípulos, sí, solamente a los pobres y necesitados, que han abandonado lo terrenal por causa de él y han negado el mundo, les ha abierto las puertas al reino de los cielos, les ha prometido coronas, tronos y dominios en el reino de Dios. Pero para la gente saciada, ciega, no le sobran dones. Tenían sus mentes fijadas solamente en lo humano. El tenía su mente fijada en, y les hablaba de, lo divino. El les trajo lo celestial. Ellos no tenían nada en común con él. No, se apartó de ellos, les evitó, no solamente en aquella tarde, sino desde esa ocasión por lo general se retiró de este pueblo y ya no hacía entre ellos muchos milagros.

Así el Señor se presenta a los falsos discípulos y adherentes que abusan de su nombre, que convierten su fe y piedad en un negocio en cosas temporales. No quiere ser hecho en esclavo de los que se dedican a lo terrenal, lo mundano, y no puede hacerlo. Cristo es el Profeta prometido y proclama al mundo las palabras de vida eterna. Sí, a los pobres les es anunciado el evangelio. A los hambrientos les colma de bienes. Pero a los ricos y saciados, a los que tienen lo suficiente con el pan terrenal y la buena fortuna, les envía vacíos. A los que no se consideran dignos de la vida eterna, finalmente les entrega a su manera perversa, endurecida de pensar. Ellos no tienen participación en él, ni él en ellos. No le conocen. No saben quién es Cristo aun cuando lo llaman Señor. Y él no les conoce, y abiertamente les declara que él no es su Cristo, su Señor y Rey. Rechaza sus oraciones y ofrendas. Aunque oren, le invoquen y le busquen, no les oye ni permite que ellos le encuentren. Está lejos de ellos. Aunque tengan éxito en encontrar pan, buena fortuna, días buenos, y dan a Dios las gracias por ellos, es un error y engaño si piensan que estas cosas son dones y evidencias de la misericordia del Señor.

Es cierto que Dios les da el pan de cada día, así como da a los malos, a sus enemigos el pan diario. Pero se consuelan falsamente y en vano en la misericordia del Señor. Llegará un tiempo en que será evidente cuál era su posición ante el Señor. En el tiempo en que comienzan a experimentar su ansiedad y

aflicción final, cuando lo terrenal comienza a tambalearse, se hacen conscientes del hecho de que han edificado sobre la arena, puesto su confianza y esperanza en ella, que su cristianismo fue puro viento y neblina. Luego claman y gritan, como los que han cedido a la desesperación. No tienen fundamento. No hay para ellos ningún Salvador, ningún Cristo, ningún Dios. Verdaderamente, es un juicio terrible cuando Cristo, cuando Dios se retira de los hombres y no deja que lo encuentren.

Esto describe la suerte, y juicio de los incrédulos, de los hipócritas. Pero aun los que creen deben prestar atención a esta advertencia. La tendencia hacia lo terrenal es también una falla de nosotros, una transgresión y pecado que nosotros cometemos. Nuestra fe, nuestra adoración de Dios, nuestra oración, alabanza y acciones de gracia también en parte son manchadas con lo terrenal y lo mundano.

Clamemos, clamemos con seriedad al Señor que no nos deje, que permanezca con nosotros con su Espíritu y sus dones y a despertar nuestra mente y corazón para que más y más lo reconozcamos como el verdadero Dios y la vida eterna.

2.

La gente de la cual el Señor no recibe honra ni adoración son los que buscan de él pan terrenal, que están dispuestos a las cosas terrenales. A esto agregamos: Tampoco quiere tener nada que ver con los que deseen que él recompense su piedad. Son especialmente evidentes en nuestro texto el comportamiento y la disposición terrenal de los galileos. Pero hasta cierto punto tenían también una actitud farisaica. Querían hacer a Jesús su rey porque les había dado pan y había saciado su hambre. Deseaban un reino mesiánico terrenal, mundano. Sin embargo, Cristo no debería ser un rey de los gentiles, sino solamente un rey sobre el pueblo y el reino de Israel. Como es evidente en su conversación que siguió la alimentación milagrosa, los judíos tenían orgullo de los privilegios de Israel, de los padres, luego de la circuncisión, de la ley, sí, tenían orgullo de la ley de las obras, de su propia justicia externa. Cristo, el rey de Israel, luego debe dar el debido peso a las prerrogativas y méritos de Israel y recompensarlos por haberse quedado fieles a los caminos de los patriarcas.

Estos son pensamientos que afectan profundamente los corazones de muchos llamados cristianos también. Esta es la naturaleza de los cristianos solamente de nombre. Buscan lo que está en la tierra. Buscan solamente lo que les conviene personalmente, aun en los asuntos que tratan de Cristo. Cuando dan gloria a Cristo, buscan su propia gloria, su propia honra. Desean ser cristianos y se jactan del nombre de cristiano. Como

cristianos también quieren ser mejores que los otros y externamente siguen los caminos cristianos y luego se jactan de sus obras, de su piedad. Lo que buscan de Cristo es recompensa y pago por sus obras y justicia. Aunque no lo expresen tan groseramente, todavía sienten que a causa de su cristianismo con Cristo, ante Dios, tienen un verdadero derecho a sus promesas, a todas las bendiciones que él ha prometido a los piadosos.

Pero son precisamente personas como él que no tienen ningún derecho ante el Señor y no pueden estar en pie delante de él. Cristo no quiso ser un rey sobre este pueblo orgulloso, confiado en su propia justicia. Mientras honraban a Cristo, el Rey de Israel, con sus labios, en realidad le quitaron la honra que se le debía, y eran una vergüenza para él. Cristo no había venido para llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento. Fue enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel. De hecho, recibió a los pobres pecadores y publicanos; con ellos no evitó asociarse, sino comió y bebió con ellos. Aceptó al malhechor en el cruz; su arrepentimiento, y su confesión fue una ofrenda aceptable para él, una fragancia agradable, un refrigerio y renovación en medio de la amarga angustia de la cruz. Por otro lado, a los fariseos que se ofendieron por causa de su misericordia y murmuraron a causa de ella, porque era tan bondadoso y misericordioso a los pecadores, los publicanos, los malhechores, dio testimonio de que el reino de Dios les sería quitado.

Seguramente Cristo ha prometido: El que a mí viene, no le echo fuera. Al que viene a él, cansado y cargado, cargado de pecados y transgresiones gravosos, buscando de él gracia y misericordia, no le echará fuera, a él le recibe con gozo. Al que clama desde lo profundo, desde el temor y la angustia, y ruega por gracia y misericordia, a él le inclina su rostro, su oído misericordioso, y abre su oído a su petición. El Señor está cercano, cercano a los de corazón quebrantado. El arrepentimiento, la confesión de los pobres pecadores y malhechores, su cántico de alabanza glorificando su misericordia inmerecida, estas cosas son preciosas y agradables delante de él.

Sí, el nombre y título de Cristo es: Rey y Salvador no de los justos, sino de los pecadores. Su gloria está en esto, que salva a los pobres pecadores. Y precisamente por esa razón los justos y los orgullosos no encuentran su porción en él. Los que no conocen su misericordia y no quieren saber nada de ella no le conocen a él. Están lejos de él, y él está lejos y extraño a ellos. Sí, los orgullosos son una abominación delante de él. No desea su oración y ofrenda.

Notemos bien todos. Hay orgullo escondido, hay un poco de la creencia de que somos justos en nosotros mismos en nuestros

corazones también. ¡Que el Señor permanezca con nosotros y abra nuestros ojos y corazones para que lo reconozcamos bien, y alabemos a él como nuestro Rey y Salvador, y su misericordia hasta la eternidad. Amén.